

ESTA BELLA CIUDAD
ENVENENADA

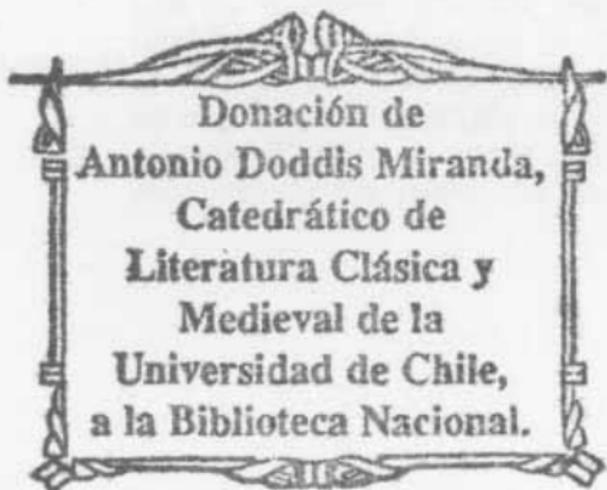
(N.º.....)

OBRAS DEL AUTOR

- Flores de Cardo.*—Poesías, 1908.
La Casa Abandonada.—Parábolas, 1912.
El Llamado del Mundo.—Poesías, 1913.
La Reina de Rapa-Nui.—Novela, 1914.
Los Pájaros Errantes.—Poemas en prosa, 1915.
Los Diez.—Poema, 1915
Ensayos sobre Arquitectura y Poesía, 1916.
Alsino.—Poema novelesco, 1920.
Las Copas.—Poemas en prosa, 1921.
Karez - I - Roshan.—Poemas en prosa, 1922.
Un Juez Rural.—Novela, 1924.
Androvar.—Poema dramático, 1925.
Camino de las Horas.—Sonetos, 1934.
Otoño en las Dunas.—Sonetos, 1940.

PEDRO PRADO

ESTA BELLA
CIUDAD
ENVENENADA



Santiago de Chile

1945

*Esta bella ciudad envenenada
por el recuerdo del amor que exhuma,
a un claro estero al hechizarlo abruma
en su imagen, el agua trastrocada.
Al sumirse el estero hacia la nada,
en playas de la sal y de la bruma,
con ola amarga y turbulenta espuma
clama por su belleza reflejada.
Que en estrecha corriente fugitiva
llevó tan sólo en fúnebre cortejo
la rosa seca hácia la mar cautiva;
no del amor el múltiple reflejo
que embelleciera el agua sensitiva.
Al curso de ese estero me asemejo.*

NOSTALGIA

I

Tanto conozco esta ciudad pequeña,
su mar, su caserío, su laguna,
que el corazón la mira y la desdeña;
no encuentra en ella novedad alguna.

Y una vez en mi vida, sólo en una
—tanto el amor la eternidad enseña—
noche de niebla azul, anhelo y luna,
el alma vi de mi ciudad que sueña.

La más bella y amada compañía,
con la luna y la niebla evanescente,
otra ciudad me dieron, diferente:

toda calle del mundo se salía;
seguí por ellas, sin saber qué hacía;
por ellas sigo indefinidamente. . .

II

No más que una mujer, y yo vi en ella
la presencia del signo y el sentido
de la rosa, del ave y de la estrella;
no más que verla y me sentí perdido;

no más que su silencio, y le di oído;
la escuchaba mejor; era tan bella!
Una mujer tan leve, y ha podido
a su paso dejar tan honda huella!

Apenas si miró; ni tanto fuera...
Estaría entre todas asombrada,
si supiese que sólo su mirada

turbara mi alma por la vida entera.
Ménos que una mujer: una sonrisa
que tímida de amor, quedó indecisa...

III

Grabadas en mi alma su figura,
su rostro, su ademán y su sonrisa;
mi memoria la eleva y eterniza
sobre el cansado mar de mi llanura.

En la alta noche su perfil perdura;
la luna con su rostro se humaniza,
y acordando su marcha con mi prisa,
me acompaña brillando allá en la altura.

Siempre lejana, y a la vez presente,
oh! luna, peregrina y compañera,
su recuerdo conservas extasiada;

si mis ojos elevo, ven, sonriente,
que en tu espejo se asoma, pasajera,
la imagen que persigo, reflejada.

IV

De ausente araña la invisible seda
que cruza el abandono polvoriento,
me acaricia en secreto el pensamiento,
si en el callado rostro se me enreda.

Qué bien la gracia del amor remeda!
tal si una sombra me besara, siento
que acaso el beso del remordimiento
el roce de esa sombra me conceda.

Si hebra tan ligera así me pesa,
y roce tan liviano, cruel, me hiere;
comprenderás, acaso, mi tristeza.

Mi alma, de sufrir, ciega se engaña,
y un sentido de amor siempre confiere
aun a la leve seda de la araña.

V

Temo al recuerdo y al olvido temo;
aquél me hiere, y éste me anonada;
prefiero la tortura, y no la nada,
la luz de viva hoguera en que me quemó.

¿Por qué, oh! Dios, he llegado a tal extremo?
¿por qué no hallo una vida serenada?
si toda mi esperanza está gastada
¿para qué alzo la vela y muevo el remo?

Si un instante tranquilo a la deriva
continúo en mi barco sosegado
dejándome llevar del agua viva,

al ver cómo desfila la ribera
parece que mi barco es arrastrado
al ayer imposible que me espera.

VI

Cansada nave que un incendio abrasa
y solitaria por la mar deriva,
tragedia hecha belleza que cautiva,
me observa el caminante; pero pasa.

Su fuerza es débil, su pasión, escasa;
se turba apenas su alma sensitiva;
toda ayuda es difícil y la esquiva,
firme en tierra, seguro de su casa.

Cuando esta hoguera de mi amor se aleje
sobre el mar tenebroso que la agita,
en la estela de fuego que ella deje,

al borde de las noches, infinita,
como luz que a lo eterno se entreteje,
la verás como estrella que palpita.

VII

En grieta angosta de una dura peña,
extrangulada la raíz le cabe
a inmenso y gris y desmayado agave
que en altivo vivir hosco se empeña.

Su espina hiere, y con su gris desdeña
el agua viva y el nidal del ave;
nadie diría que tan sólo sabe
de inextinguibles ansias en que sueña.

De ese bravo vivir, oscuro y frío,
aliento yo el amor del hombre fuerte;
un día, como el mástil de un navío,

agave me alzaré cuando despierte;
será mi inmensa flor un desafío
al amor, al destino y a la muerte!

ENCARNACIÓN

VIII

Sólo el bullicio de una fiesta ajena
que discurre en magníficos jardines,
el eco de los últimos violines,
y un perfume, en la tarde, de verbena.

La risa ardiente que a lo lejos suena,
las cascadas, las aves, los jazmines,
el ocaso que incendia los confines,
y los últimos pasos en la arena.

La luz de la alegría ya se apaga;
la casa va quedándose desierta;
lloroso un eco entre la sombra indaga,

encuentra a la tristeza y la despierta;
y la tristeza crece y se propaga
después que cierran la pesada puerta.

IX

Si a tus pupilas la mirada elevo,
perdona si te miro emocionado;
sonríes sin saber todo el pasado
que en tus ojos asoma. Y no me muevo,

no contesto, no inquiero, no me atrevo
a respirar. ¡Oh, Dios, no me disuado!
¡Qué no es verdad! ¡Qué estoy enajenado!
¡Mirándote sin ver, yo me conmuevo!

Tú me recuerdas un amor supremo,
que tu presencia, sin saber, evoca;
yo conozco esos ojos y esa boca;

porque bien los conozco, bien los temo.
Eres, ay! mi pasado fugitivo;
mi amor ya muerto que, asombrado, vivo!

X

Los largos años de mi vida oscura
buscaron siempre a la mujer divina;
mi vida ya a su término camina,
y aún el deseo, sin hallar, perdura.

Ella ha sido mi miel y mi amargura;
la sombra misteriosa que ilumina
el linde de la muerte que, vecina,
a mi alma en su alma transfigura.

En ti que fueras, si una vez lo fuiste;
en ti que llegas, si una vez lo eres;
no sé yo en dónde, pero sé que existe

la esperada entre todas las mujeres.
En todo vario amor, sólo él persiste,
y en su espera inmortal vives y mueres.

XI

Para los vuelos del azul, nacida;
para las sendas del vivir, gastada;
leve el paso, profunda la mirada,
repliega el ala entre la mano asida.

Como una fruta que creció oprimida,
pulpa jugosa que se ve rasgada,
me ofrece, ya al final de la jornada,
su dulce miel que a paladear convida.

De la luna, la piel en su blancura;
del sol en su tramonto, los cabellos;
del cielo, el iris; del clavel, la boca;

el vuelo emprende, y el soñar apura
al cegarnos, de claros los destellos,
si con sus ojos, a los nuestros toca.

XII

Mi fuerza diera por tu gracia fina;
mi probado valor, por tu dulzura;
por tu leve sentir, esta amargura
de un pensar y pensar que no termina.

Diera la luz que a veces me ilumina,
por sólo tu recóndita ternura;
mirar, remota, en tu pupila pura,
de Dios, la estrella en que el amor culmina.

Mis ansias sobrehumanas por el ansia
de un amor terrenal, más sin medida;
sándalo con la múltiple fragancia

de su flor, de su sombra y de su herida;
árbol celeste que une la distancia
de tierra, y cielo, y sangre, y muerte y vida!

XIII

Alta, en tu frente de boreales razas
tardes antiguas se posaron puras;
nube hecha carne, tú en silencio pasas
con luz crepuscular de las alturas.

Astros revelas donde tú fulguras;
luces nocturnas, sempiternas brasas;
vences el tiempo y al vivir traspasas
breve presente; eternidad auguras!

Toda de siempre, de inmortales diosas,
eres como perenne primavera;
recuerdo vivo y perdurable espera;

mueve tu ser edades fabulosas.
Divino arco del rumbo de las aves,
el cielo todo resumirlo sabes!

XIV

Con luz ardiente de mi sol escaso
de invisible caricia te ilumino;
refundo con el mío tu destino,
y te ato, sin atarte, en firme lazo.

Moldeándose en el mío va tu paso,
que sigue, sin saber, en mi camino,
ignorando tu cuerpo peregrino
que unidos van tu aurora con mi ocaso.

Tu estrella matinal empalidece;
la estrella de mi tarde se avecina;
mi destino ante el tuyo me parece

como el sol en la hora vespertina:
si en frente de la luna resplandece,
la luna, de dulzura, lo ilumina.

SUBLIMACIÓN

XV

Hasta el perfume de una flor me hiero,
¡tanto mi corazón es sensitivo!
tanto el ensueño mi razón prefiere,
que hasta una nube me llevó cautivo.

Es un ver sin mirar, todo intuitivo;
siempre el misterio mi visión inquiere;
en esta vida ya otra vida vivo,
donde la vida de apariencia muere.

Como la flor, la nube, el sol, el viento,
has herido también mi pensamiento.
Le hieren tu silencio o tu mirada,

tu pregunta, tu gesto, tu caricia,
que en todo, para mí, pronto se inicia
la verdadera vida revelada.

XVI

Para mejor amarte no te amara;
renuncié yo a tu amor, mas nunca al mío.
Tú viste en mi actitud sólo un desvío,
un alma absurda y una mente rara.

Y la más pura lágrima llorara;
sufrí, de la locura, el desvarío;
de la muerte temida, sentí el frío;
mi angustia crece, y de crecer no pára.

Te vi tan bella, que te quise pura;
te vi tan dulce, que te quise buena;
te herí para apartarte de mi lado;

para mí dejé sólo la amargura;
huí el amor para escoger la pena;
y en honda soledad mejor te he amado!

XVII

Hácia el olvido que la mar procura,
hácia el cansancio que el trabajo presta,
en el aturdimiento de una fiesta,
o en vino amargo que a los tristes cura;

buscando hasta el suplicio y la tortura,
o el ocio vivo en prolongada siesta;
bien persiguiendo aquello que más cuesta,
o aquello baladí que menos dura;

hácia todos los ámbitos humanos,
y hácia todos los ámbitos terrenos;
zahiriendo a los hombres mis hermanos,

o amándoles por tristes o por buenos,
tan sólo van de ti mis días llenos,
y todos mis esfuerzos me son vanos!

XVIII

¿Qué importa, di, que fuera pasajero
nuestro sueño de amor y desvarío,
si este presente, que yo llamo mío,
le vivo apenas, cuando ya le muero?

¿Dónde lo eterno que por siempre espero?
Del tiempo, tan fugaz, ya desconfío;
de la vida y sus cambios, me sonrío.
¡El recuerdo tan sólo es duradero!

Y en él, presente, bien que fué pasado,
en él advienes, mas sin ser futuro.
¡El recuerdo es el tiempo eternizado!

Aquí envejezco; pero en él perduro:
siempre amante sonrías a mi lado. . .
¡Sólo de mi recuerdo estoy seguro!

XIX

Bendigo mi deseo insatisfecho,
y la oculta tragedia que destila,
la lágrima que enturbia mi pupila,
y el peso extraño que me oprime el pecho.

Bendigo el anhelar siempre en acecho,
que día y noche, sin cesar, vigila;
bendigo la fatiga que encandila
y ve belleza en lo vulgar de un hecho.

Qué sería de mí, si ya saciado
de tu cuerpo, de tu alma y tu hermosura,
fuera vago recuerdo del pasado!

Prefiero, sin querer, mi desventura;
acaso te amo por no haberte amado;
que amor insatisfecho siempre dura!

XX

Estuve a punto de entrever el cielo;
sentí mi espalda que se hinchaba, ardiente
y esperé, por instantes, de repente
nacer mis alas desatando el vuelo.

Si nunca me elevé, hoy miro el suelo
a más bajo nivel, que el alma siente
cual si hubiese alcanzado con la frente
mayor altura con el sólo anhelo.

No logré yo el amor; tú lo perdiste;
mas poseo un dolor tan cristalino,
que en transparencia el gran amor subsiste.

Con mi frente diría que adivino
mayor belleza al encontrarme triste:
¡florezco en soledad como el espino!

XXI

La gran batalla de olvidar, un día
emprendí con empeño denodado;
afanes, viajes, luchas ¿qué ha logrado
la loca vanidad de esta porfía?

Vencer, si lo alcanzaba ¿a quién vencía?
Héme aquí por mí mismo derrotado;
mi herida es una rosa del costado,
y espesa sangre vierte todavía.

Ahora entre la sombra va recluso
el recuerdo inconsútil de manera
que no se vé, de bien que se agazapa;

encubierto en el manto del olvido,
creyendo que la paz ya me sonriera,
ya ni el olvido de mi amor escapa!

XIII

TRAGEDIA

La tragedia es un género literario que se caracteriza por su acción dramática, su lenguaje elevado y su finalidad catártica. Se trata de un género que busca conmover al espectador a través de la representación de un conflicto humano de gran intensidad emocional.

En la tragedia se representa un conflicto humano de gran intensidad emocional, que se resuelve de una manera que provoca en el espectador una catarsis. Este género literario se caracteriza por su lenguaje elevado y su finalidad catártica.

En la tragedia se representa un conflicto humano de gran intensidad emocional, que se resuelve de una manera que provoca en el espectador una catarsis. Este género literario se caracteriza por su lenguaje elevado y su finalidad catártica.

La tragedia es un género literario que se caracteriza por su acción dramática, su lenguaje elevado y su finalidad catártica. Se trata de un género que busca conmover al espectador a través de la representación de un conflicto humano de gran intensidad emocional.

XXII

Cabe un arroyo, al despeñarse al río,
mansión vetusta en señorial decoro,
con su parque que agítase sonoro
al manso viento, en prolongado estío,

en agreste rincón, quieto y bravío,
refugio tengo en que mi pena ignoro,
y acreciéntase allí lo que atesoro
de paz y amor, que alguna vez confío.

En vieja torre mira mi ventana
la señora altivez de adusta cumbre,
cuando escucho, al surgir cada mañana,

la atenta espera de mi verde valle
por la ansiada canción de mansedumbre
que el renovado corazón ensaye.

XXIII

Sendas, lomajes, cielos, nubes, viento;
sólo el temblor del pasto y su gemido;
la tarde herida en su recogimiento,
siente el azote, escucha el alarido.

Sólo el canto de un pájaro perdido
elevándose apenas un momento,
y el vendaval que lanza su rugido,
enemigo del vuelo y del lamento.

Veo la soledad que combatida
queda en la gracia del callar turbada.
Oculta su tristeza, mas va herida;

morir se siente de invisible espada;
se desangra en la tarde confundida
de vano polvo, por amar, cegada. . .

XXIV

Puse en mis sueños tales ardimientos,
que ya mi vida toda se quebranta.
A mí que soy la causa, a mí me espanta
mirar la hoguera de mis pensamientos.

Y no valen ardid ni valimientos;
mi ardor es tal y mi locura es tanta,
que mi alma se desgarrá cuando canta,
como bandera en desatados vientos.

El paso de mis sueños me domina.
Liviana como hojilla volandera
la mujer, distraída, se encamina

sin mirar el turbión en que cayera.
El vuelo que le presto, ya termina,
y aún no sabe que voló siquiera...

XXV

Enflaquecido, inquieto, sibilino,
con trote de través, romero errante,
solitario soslaya, jadeante,
un can hirsuto el arenal marino.

Buscar siempre a su dueño es su destino;
llega humilde, a la vez que suplicante,
y de error en error, zigzagueante,
triste se va, cuando amoroso vino.

Curiosidad, temor, castigo airado,
siempre produce desazón, desvío,
ese beso que husmea húmedo y frío,

que en manos distraídas ha dejado.
¡También busco a mi dueño, oh! can hermano,
y el beso pierdo al confundir su mano!

XXVI

Flor sin aroma, canto sin sentido,
giro sin rumbo de una inútil danza,
sonriente el rostro, el corazón dormido,
surgiendo como oscura remembranza,

hacia mi vera repentina avanza,
fantasma de mi ensueño aparecido,
otro amor, otra gloria, otra esperanza,
otra mujer camino del olvido.

Bella, sí; bella, bella... y sin belleza;
dulce, sí; dulce, dulce... y sin dulzura;
un amor que termina cuando empieza,

un dolor que a alejarse se apresura;
su pena no nos llega a la tristeza,
su goce ni se exalta, ni perdura.

XXVII

Ni amor irradia, ni amistad fulgura;
vive la lastimera medianía
de un reír por reír, sin alegría,
de un dolor que no llega a desventura.

Es nieve loca, y, como nieve, fría;
danza y canta, y apenas si murmura;
inquieta viene, váse y se apresura,
en torno gira, y vuelve todavía.

Sin ver me mira, sin oír me escucha;
mejor se ofrece cuanto más refluye;
y tanto al alejarse se aproxima,

que todo el vano amor es una lucha:
si acaricia, su gesto no concluye;
si me hiere, ella misma se lastima.

XXVIII

Qué viejo es el amor, y qué gastada
la senda abierta que creemos nueva;
qué antigua novedad, otra mirada;
que inútil esperanza es ya su prueba!

Ya no hay mujer que a pretender se atreva
soportar mi cabeza fatigada;
y ya no hay vino que me den y beba,
ni noche azul, ni rosa en madrugada.

Al término de innúmeros regresos,
después de haberlo conocido todo
el centro mismo de la vida ocupo.

Ya todos mis anhelos quedan presos;
por suerte extraña y por extraño modo
el que vivió y amó todo lo supo.

OLVIDO

XXIX

Sigiloso el amor llamó al olvido,
sonrió más suave, y en el aire blando
el soslayado paso acelerando
deslizó sin ser visto y ser oído.

En esta ausencia mi desgracia mido;
pregunto a todos ¿dónde, cómo, cuándo?
y me paso la vida así esperando,
sin saber si regresa o lo he perdido.

Su cautela fué tanta que semeja
en mayor soledad estar presente,
y habitar el silencio prolongado.

Y a medida que más y más se aleja,
siento un roce de plumas en la frente:
el olvido acercándose a mi lado...!

XXX

Y ahora cuando nada solicito,
y a nadie busco y a ninguna espero,
tu amor acude, pero amarte evito;
callar, callar, callar sólo prefiero.

Todo esto baladí fué lo infinito!
Y de este engaño me engañé sincero!
Hoy, sin sangre, sin lágrima, sin grito,
tanto morir por él, al fin lo muero.

Quédanse así mirando frente a frente,
una sonrisa que en amar insiste,
y otra sonrisa toda indiferente.

Trocadas van las dos, y es la más triste,
no aquella que muerta ya no siente,
sí aquella solitaria que persiste.

XXXI

Tuerce mi rumbo o ciérrame el camino,
a ti la gracia del silencio invoco,
ved por así ayudarme, que sofoco
de un veleidoso amor, el desatino.

Venza esta vez el hombre a su destino,
maña le ayude, y vaya poco a poco
ciencia logrando el que perdido y loco
habló al desierto y procedió sin tino.

No pierda ahora el pobre bien logrado,
la lenta paz que en fino sedimento
blanda se ofrece cual mullida grama;

si en silencio medito y voy postrado,
tenga al menos tranquilo el pensamiento
e ignore quién me nombra o quién me llama.

XXXII

Trocada en pena, en ira, en risa, en tedio,
en gris indiferencia va trocada
nuestra pasión que en toda encrucijada
nos puso guerra de mortal asedio.

Vencer, huir, rendirse, no hubo medio;
nacida en el fulgor de una mirada
dejó la vida toda devastada:
resignarse es el único remedio.

Vencedor o vencido, igual estamos,
sin fuerzas ni deseos, de tal suerte
que llama sólo a burla lo que amamos!

Tremenda hoguera que es ceniza y muerte!
Mira en el triste estado en que quedamos
por sólo sonreírme y yo por verte!

XXXIII

No es orgullo, dolor, venganza o miedo;
pasó ya el agua y sin cesar camina;
tarde me llamas, regresar no puedo;
tú le viste nacer, pues hoy termina

en gran silencio, como un río quedo,
aquél amor que pálido ilumina
el cielo de la tarde, en fiel remedo,
a medida que al mar ya se avecina.

Tanta es la sombra que, sin luz, destella;
tanto silencio le dejó dormido. . .
¡Tuvo mi otoño su fugaz estrella!

Hay amores así tan sin sentido,
que cruzan del olvido hacia el olvido,
sin causa nacen a morir sin ella!

XXXIV

Si distinto me ves, ay! cuán cambiada
veo también aquella que tú fueras;
cómo mi asombro nunca lo supieras;
ni ver el tuyo nunca en tu mirada!

Qué sonrisa la nuestra tan cansada,
¡viene de tan lejanas primaveras!
¿Y aún deseas, y aun buscas, y aún esperas?
Bien quisiera, también, no desear nada.

¿En dónde somos, di, que en nos no estamos?
¿Quiénes, hoy, en nosotros, pobres, vemos?
¿Y cómo, sin saber, de nos salimos?

¿Cuáles fueron aquellos, los que amamos,
que estos tristes de ahora no queremos?
¡Ay, nunca estos que somos antes fuimos!

XXXV

Cuando ahora tranquilo te diviso,
sonriendo digo iluminado el ceño:
«a esa mujer mi corazón la quiso,
en ella tuve, como un hijo, un sueño».

El pasajero embrujo se deshizo,
revivirlo sería vano empeño;
si ahora me fatiga y la desdeño,
con emoción recuerdo el bien que hizo.

El cuerpo luce y brilla en el amante
como espejo en que el alma se refleja
sonriendo apenas pasajero instante.

Cuando el amor declina o ya se aleja,
se hace turbio el espejo de un semblante;
opaco, inútil al cristal lo deja.

SOLEDAD

XXXVI

¿Por qué va dirigiendo mi sendero
la fantasmagoría del ocaso?

¿qué va buscando el fatigado paso,
si, de tanto esperar, ya nada espero?

¿Aguarda la presencia de un lucero,
un astro nuevo en qué soñar acaso?
Si todo sueño humano es un fracaso;
si al vivir de la nada no me muero

¿para qué va esta senda en la nocturna
hora de la tiniebla que se adensa,
siguiendo sin cesar y no descansa?

Más allá de esta vida taciturna,
sin nada en qué pensar ¿siempre se piensa,
y se espera, perdida la esperanza?

XXXVII

Llamado de veredas entrevistas;
vislumbre de jardines interiores;
eco de prolongados corredores,
mi atribulado corazón conquistas.

Con nieblas, con celajes lo despistas;
y bien vaya por páramos o alcores,
siento en el aire un perfumar de flores.
Vives en todo, sin que en nada existas

—oh! mujer misteriosa de mi arcano—
deshechas huellas de tu cuerpo, en vano
busqué entre las mujeres de mi vida.

Si en todas vives, nadie te contiene;
mirar te veo, si alguien se detiene,
más distinta en aquella parecida!

XXXVIII

Amo vagar en día ceniciento,
de espesa niebla todo circundado,
beber rocío del más verde prado,
sentir el sueño del dormido viento.

Tener por horizonte el pensamiento;
y mirando la niebla, ensimismado,
saber cómo recrea, ahí, a mi lado,
la vida, la ilusión y el movimiento.

Como de la inconsútil nebulosa,
surgiendo de la niebla, toda cosa
vuelve a aparecer, y se anonada

sin más que proseguir . . . Humedecida,
mi propia sombra, que les diera vida,
absorta sigue en la extensión callada.

XXXIX

Como aquél que enfermó, y aun no sano,
mas ya convaleciente de su herida,
sumido en languidez gusta en la vida
leve placer en íntimo desgano,

con incierta sonrisa dolorida,
con gesto ambiguo e indecisa mano,
ni deseo, ni busco, ni me afano,
en salir de esta vida detenida.

Cual agua bulliciosa que remansa,
espuma que deshecha se consume,
y limo que en la sombra se congrega,

de caminar el alma aquí descansa
y observa que la vida se resume
en sólo este silencio en que se aniega!

XL

Libre de amor, de pena, de cuidado,
al sueño ajeno, de deseo exento,
a la sordina va mi pensamiento,
borrosa sombra caminando al lado.

Qué paso al avanzar, tan reposado;
qué sin esfuerzo todo movimiento;
qué distante el amor y su tormento;
qué grande río hácia la mar, callado!

Al hacerte más bello y más sensible,
reflejo de la nube sumergida,
qué fácil en tus aguas va la vida!

el alma entre tus ondas, qué apacible!
Sobre el olvido oculto y trasparente,
¡qué solemne es la paz de tu corriente!

XLI

Pláceme así ensayar, ni enfermo o triste,
de solemne quietud todo circuído,
ese futuro tiempo en que el olvido
de la vida y la fama nos desviste.

¡Qué compañía! ¡Nadie nos asiste!
Qué poco vale lo que tanto ha sido;
sin nada que desear, ya nada pido;
el alma sola entre la nada existe.

En la alta mar del horizonte mudo
soy una barca que en silencio avanza;
a alguna parte, sin saber, acudo;

erguido el mástil como recia lanza,
perdí ya todo, menos la esperanza;
tranquilo de morir, muero desnudo!

XLII

De qué mundo ignorado habré venido,
qué lenguaje es el mío tan arcano,
que si a alguien tiendo con amor la mano,
ignora lo que ofrezco o lo que pido.

Me sé distinto de mortal nacido:
niño o zagal, maduro ya o anciano,
no encuentro al alternar, y busco en vano
¡y entre tantos! a alguno parecido.

Sonriendo miran como quien indaga,
sin comprender jamás lo que yo quiero,
y con tal inconciencia se me paga

que alejarme, por último, prefiero.
No hay cosa mía que a alguien satisfaga;
me siento entre los hombres extranjero!

REVELACIÓN

XLIII

¿Y aquel destino que alcancé a entrever;
aquel absorto e inmenso panorama
que se ofrece y espera si nos ama,
con su abismo inquietante, la mujer?

¿Aquel asombro de mirar y ver;
aquél misterio que en silencio llama;
aquella hoguera que invisible inflama
el mundo, el cuerpo, el sueño, el alma, el ser?

Trasmutación de todo lo sensible;
en reino, el cielo; en ley, la voz; en sierva
la vida en gloria, donde Dios se ve.

Nada de ese milagro es ya posible;
y el alma absorta el estupor conserva
de lo que viera, y pudo, y supo, y fué!

XLIV

Tamaña angustia y esperanza tanta;
temblor de vuelo y fiebre de agonía;
sol de mi noche y sombra de mi día,
estrangulando el goce a mi garganta;

mi divino deliquio, mi ira santa
si al acercarnos más nos desunía
la soledad que, en plena compañía,
la risa enturbia y el llorar decanta!

¿Dónde esa vida de vivir violento
que huyó del goce y exaltó la pena?
Donde termina desatado el viento

que atraviesa la paz de una llanada:
en sol extinto, en polvo que enajena;
y tras el polvo, el aire; y tras el aire, nada...!

XLV

De aire, cielo y silencio azul me evado;
de luz desfalleciente, entibiecida;
se borran las fronteras de la vida
al fundirme con todo lo creado.

A ti, oh! árbol, a ti mi vida añado;
y a ti, flor o mujer, vuela y anida
el reflejo de mi alma que, encendida,
mantiene al universo iluminado.

En ti, de mí cayera enamorado;
en ti, de mí me hiriera de ofendido.
Hoy cuando más te alejas de mi lado,

en el recuerdo, como el ave anido.
La vida es sólo un sueño ilusionado!
En ti no fueras, sólo en mí lo has sido!

XLVI

Todo te di, que al darte tu sentido
te di principio y fin, causa y objeto;
te di belleza, sugestión, secreto;
vivir sabías sin haber nacido.

Naciste en mí tal como en rama y nido
el vuelo nace; tal como sujeto
oculto se insinúa y crece inquieto
preparando el huir desprevenido.

Unica, dulce, diferente, plena,
desde el ser al no ser, toda la gama,
presencia fina, y firme, y bella, y buena

—Dios retorna a crear en hombre que ama—
todo por El, de mí lo has obtenido;
todo, sí, hasta el no ser; hasta el olvido!

XLVII

Si sólo imagen de una imagen fuiste,
reflejo de otra forma transitoria,
si vales cuanto vale la memoria
que con amarme y sin querer me diste;

si en el amor como un recuerdo existe,
y una amada mujer es la ilusoria
forma olvidada de una extinta historia
que en nuestra amnesia sin saber subsiste;

si eres el recuerdo de un recuerdo;
y un recuerdo a su vez fué la primera;
en las entrañas de mi vida oscura

en las que yo internándome me pierdo,
¿qué forma amada sin saber me espera,
y en el olvido de mi ser perdura?

XLVIII

Me duele el sueño que al vivir perdiera,
me duele la visión desvanecida;
sólo fué sombra, pero sombra herida
que sangra sin cesar y sin que muera.

Cómo me duele lo que nunca fuera;
cómo mi vida vive sometida
a un soñar sin contorno en que perdida
de alta la esperanza, nada espera.

Cómo el destino que pasó a mi lado
con mayor claridad y más firmeza,
creó para mi mal y mi extravío,

sólo en el sueño que no fué logrado
esta imago de angustia y de belleza,
lo único sin ser, por siempre mío.

XLIX

No todo pasa; que el poder no cesa
del vivo sueño que yo viese un día.
Limitada y fugaz fué la alegría;
infiel en persistir fué la tristeza;

término tiene lo que un día empieza!
Sólo lo que no fué, mas yo veía,
sin luz brillaba, y brilla todavía!
Azul fidelidad siempre profesa.

Cuando todo a su término camina
sólo lo que no fué, por ser se obstina;
existe sin vivir, y no se muere.

Si nunca comenzó, pues no termina!
Por confinar en Dios, El le confiere
pura existencia, inmaterial, divina!

IMAGO

V

Al otorgar el signo y el sentido,
tu esencia oculta en el amor depara
una inédita luz, toda una rara
presencia del mañana prometido.

No vives en el tiempo, eterna has sido;
quien en ti se encarnó, en mí dejara
nueva rosa perenne a la que atara
el misterioso amor apetecido.

Vencedora del tiempo, en cada ocaso,
prosigues sin pasar, río y camino;
ideal y verdad, ansia y fracaso,

certidumbre y mujer, ley y destino;
vino de sed, y perdurable vaso;
vaso trizado, y perdurable vino!